

CANCION DE OTOÑO...

Viene de la Página 7

que ocupa el siguiente verso contiene una antítesis que declara muy bien cómo el tiempo pasa y la edad florida huye también: “¡ya te vas para no volver!” (v. 2). Los dos últimos versos de ese serventesio expresan una paradoja doble: “Cuando quiero llorar, no lloro... / y a veces lloro sin querer...” (vv. 3-4); expresa con certeza la confusión de sentimientos y cierto estado de extravío sentimental y existencial.

Son especialmente significativas las suspensiones que aparecen en los dos últimos versos. Dejan el sentido abierto e inacabado, quizá con cierta esperanza de futuro, como declara la última estrofa del poema. En total, son quince suspensiones las que aparecen en el texto, señal inequívoca de su importancia. Sin duda, es el recurso más importante, al menos desde el punto de vista cuantitativo. En estas suspensiones se contienen las incertidumbres y angustias emocionales y existenciales del yo poético.

La segunda estrofa comienza en un tono declarativo: el sujeto enunciador admite que su trayectoria sentimental ha sido “plural”, metáfora de variada y no ceñida a una situación o persona. E inmediatamente relata su primer amor; fue con una “dulce niña” (v. 7); obsérvese la metáfora contenida en “dulce”, que pronto entra en antítesis con una realidad llena “de duelo y de aflicción” (v. 8). Expresa claramente cómo ante un entorno doloroso, ese amor fue una isla de felicidad.

La tercera estrofa expresa, en base a tres metonimias, la belleza externa e interna de esa niña: su mirada, su sonrisa y su cabellera. Las dos primeras se ensalzan a través de dos símiles impecables, de significación positiva y expansiva: “Miraba como el alba pura; / sonreía como una flor” (vv. 9-10). Exaltan la belleza prístina de esa joven, de la que también se destaca su cabellera, aunque ahora con significación más enigmática y negativa, pues está “hecha de noche y de dolor” (v. 12). La joven lleva la marca del sufrimiento, aunque ignoramos su origen y sí podemos prever sus consecuencias.

La cuarta estrofa da entra-

da al yo poético de un modo explícito, a través del pronombre “yo” y el verbo conjugado en primera persona, “era” (v. 13). Expresa muy bien el contraste con “Ella” (v. 14), que se metafórica como una Salomé bíblica: decapita al hombre que odia, Juan Bautista, sin titubear, para lo que utiliza los sentimientos de su esposo. El amor del enunciador es ingenuo, simple y suave, pues está “hecho de armiño” (v. 15), muy opuesto al de ella, por cierto. La suspensión que cierra la estrofa da a entender el final inevitable y amargo para el sujeto enunciador. A continuación, viene la estrofa del estribillo, que repite el concepto de la juventud como algo muy valioso, pero que pronto pasa, lo que sume al poeta en una perplejidad amarga.

La sexta estrofa inicia el relato de su segundo amor, que parece el caso contrario del primero. El polisíndeton inicial, con cuatro adjetivos muy explícitos (consoladora, halagadora, expresiva y sensitiva), tres de ellos precedidos del adverbio “más”, expresan la personalidad de esa chica, algo impetuosa y temperamental.

En la séptima estrofa establece una antítesis significativa entre el “peplo de gasa pura” (v. 27), externo, pues es su vestido, frente a un interior volcánico y apasionado. De nuevo la suspensión final expresa que la situación no podía acabar bien. La octava estrofa aclara las consecuencias de ese carácter tan volcánico y posesivo: “mató” (v. 31) la ilusión del sujeto enunciador; este se dirige a aquel, como si le hablara, para imprimir más dramatismo a la acción. La repetición metafórica que se observa en “falto de luz, falto de fe...” (v. 32) hace hincapié en la carencia de sentimientos consistentes por parte de ella. La novena estrofa coincide con el estribillo, del que ya conocemos su contenido.

En la décima estrofa comienza la tercera historia negativa del yo poético. Ahora es una muchacha apasionada y casquivana, solo atenta a los aspectos sensuales, sin pensar en el futuro. Comienza con una metáfora elocuente, al identificar la boca de él con un “estuche de su pasión” (v. 38); animaliza a la joven al identificarla, a base de alusiones, con un ratón que “roería, loca, / con sus dientes el corazón” (vv. 39-40);

el sentido degradante queda claro en las dos estrofas siguientes. Varias metáforas nos permiten comprender la superficialidad de esta historia: la chica confundía el futuro, o la “eternidad”, con un simple abrazo o beso (vv. 43-44); del mismo modo, de la “carne ligera” —nótese la metáfora con sinestesia, tan elocuente—, la joven imaginó un “Edén” (v. 46). A continuación, aparecen dos metonimias para expresar la brevedad de los momentos felices y agradables, identificados con la “Primavera” (v. 47). Este final, de nuevo fracasado y triste, dan pie a repetir, en la decimotercera estrofa, el estribillo conocido sobre el final rápido de la juventud.

La decimoquinta estrofa adquiere una significación generalizante. Comienza con una exclamación retórica, “¡Y las demás!” (v. 53), como para ponderar la cantidad de amadas, que pronto se ven reducidas a “pretextos de mis rimas / fantasmas de mi corazón” (vv. 55-56). Estas dos metáforas declaran muy bien que acaso algunos de estos amoríos solo fueron imaginaciones o ensoñaciones del sujeto enunciador y que, en todo caso, han servido como inspiración poética o como motivo de tormento y pesadillas.

La decimosexta estrofa ad-

quiere un tono subjetivo y confesional. El sujeto enunciador habla en primera persona para admitir que nunca encontró “a la princesa” (v. 57) de cuento de hadas que estuvo buscando inútilmente. Reconoce acto seguido su fracaso con dos enunciados muy amargos: “La vida es dura. Amarga y pesa” (v. 58) Un adjetivo y dos verbos comprimen a la perfección el sufrimiento existencial que se escondía tras las batallitas amorosas del sujeto enunciador. El cierre de esa estrofa con una exclamación retórica muy contundente declara el fracaso sentimental: “¡Ya no hay princesa que cantar!” (v. 59). Ahí comprendemos que la soledad y el aislamiento son los rasgos emocionales de ese sujeto enunciador.

La decimoséptima estrofa imprime un quiebro en el discurso poético. El sujeto reconoce que, a pesar de los fracasos y del paso del tiempo (que personifica, adjetivándolo de “terco” (v. 60), pues pasa a pesar de la voluntad del sujeto), su necesidad de amar sigue en pie; lo expresa a través de una elocuente metáfora: “mi sed de amor no tiene fin” (v. 61). Una metonimia, “con el cabello gris” nos indica que el sujeto enunciador ya es un hombre metido en años; una metáfora nos se-

ñala que le gustaría encontrar un amor, que nombra como “los rosales del jardín” (v. 63). De nuevo, la suspensión final deja la continuación abierta. La decimooctava estrofa es el estribillo, que ya conocemos.

La decimonovena y última estrofa del poema es original y muy rupturista respecto del resto del poema. Se trata de un solo verso, en el que se contiene un epifonema, a causa del tono exclamativo, que, a su vez encierra una doble metáfora muy expresiva: el “Alba de oro”, es decir, la confianza y optimismo respecto del futuro, son del yo poético, “son míos” (v. 69). No da por cerrada su trayectoria sentimental y aún espera con ilusión que el tiempo venidero le traiga la felicidad, es decir, la “princesa que estaba triste de esperar”, que estuvo buscando y nunca encontró.

Como se puede apreciar en esta exposición, no exhaustiva, naturalmente, el poema es muy rico y variado estilísticamente considerado. Rubén Darío ha empleado una muy variada cantidad de procedimientos retóricos para construir un significado lírico de tono subjetivo, intimista y confesional. El acierto en su uso lo declara la armonía compositiva, el equilibrio entre fondo y forma en relación a la significación del poema entero. *Continuará...*

Oración por la Patria



Jesucristo, Señor de la historia, te necesitamos. Nos sentimos heridos y agobiados. Precisamos tu alivio y fortaleza. Queremos ser un país, una nación cuya identidad sea la pasión por la verdad, por la vida, por la justicia y el compromiso por el bien común. Danos la valentía de la libertad de los hijos de Dios para amar a todos sin excluir a nadie, y perdonando a los que nos ofenden, aborreciendo el odio, la violencia y la venganza. Concédenos la sabiduría del diálogo y la alegría de la esperanza que no defrauda. Tú nos convocas. Aquí estamos, Señor, cercanos a María, que desde el cielo nos dice: ¡Hagan la paz... porque si ustedes, no la hacen, no habrá paz! Jesucristo, Señor de la historia, te necesitamos. ¡Quédate con nosotros!

Amén